



EUROPA Y CHINA

DESDE que existe Europa, sus aspiraciones la llevan hácia China: penetrar en el Celeste Imperio es el sueño de nuestros conquistadores, pacíficos ó guerreros. Estos dos mundos misteriosamente unidos por sus orígenes, pero tan misteriosamente separados por su desarrollo, juegan desde hace siglos una partida de persecución el uno contra el otro, persecución que no cesa, porque siempre el perseguido logra evadirse. Y cuanto más se recoge éste, más se precipita aquél. Obstinado uno de los dos en llamar á la puerta del contrario, el contrario se obstina, á su vez, en no abrir el paso. ¡Singular ley de la historia que lanza á las gentes á este duelo secular entre la agitación y la inmovilidad!

Ya Alejandro el Grande se dirigía á China cuando algo importante le obligó á detenerse en las fronteras de la India. Los romanos se dieron muy malos ratos pensando en los fabulosos tesoros de Oriente: cuando hubieron apurado y agotado de recursos el mundo mediterráneo, habrían extendido el vuelo de sus legiones hasta la frontera china, á no ser por los Parthos. Cuando Vasco de Gama dobló el Cabo de Buena Esperanza, pensaba en China, y daba por descontada la conquista del «país de las especias.» Cuando Cristóbal Colón embarcó á bordo de las «blancas carabelas» y puso la proa hácia Oeste, á tierra de China pretendió llegar; pero habiendo descubierto por casualidad y por error otro continente, que era como una barrera que le cerró el camino, on él se detuvo y lo bautizó sin titubear con el nombre de Indias Occidentales.

Desde entónces, las comunicaciones con China constituyen el gran *affaire* europeo. Leibnitz aconseja á Luis XIV la construcción del canal de Suez; Portugal, Holanda é Inglaterra, se engrandecen por sus conquistas orientales; Napoleón pone como prólogo á su novela militar la campaña de Egipto; los sansimonianos resucitan el proyecto del

canal istmico, á que Lesseps dá cima por fin... He aquí los grandes nombres y los grandes hombres que en aquella empresa se ocuparon.

Apénas se termina el canal de Suez, cesa la historia de lo antiguo y comienza la historia de lo presente: la Europa marítima se desborda sobre Asia, como el agua retenida por una compresa, al propio tiempo que la Europa continental envuelve la misma región, flanqueándola por la extensión siberiana.

¿Cómo asombrarse de este impulso tan frecuentemente restringido y tan frecuentemente lanzado á todos los vientos, si se piensa en el receptáculo de riquezas y en el depósito de hombres que forman el Celeste Imperio? Desde hace siglos, la humanidad se centuplica en China, y desde hace siglos el ahorro del trabajo humano se almacena allí; y á pesar de los síntomas visibles de una decadencia moderna, China ha sido y es considerada aún como el «tesoro escondido» del universo.

Se puede atribuir como fecha aproximada al origen de China el año 2500 antes de Jesucristo. Desde esta época, el esfuerzo de los pueblos que han ocupado sin cesar esas tierras inmensas ha consistido en preparar convenientemente aquel suelo para que la humanidad que allí viva disfrute del mayor bienestar posible dentro de la mayor paz posible. Por eso, mientras el ideal de la paz universal aparece excepcionalmente en Europa, en China, por el contrario, es el pensamiento constante de los muy positivistas sabios que fueron y son los legisladores del imperio.

De ellos recibió la China antigua una organización política y social que se parece singularmente á la que reclaman nuestros más modernos innovadores: el colectivismo. Tres rasgos caracterizan el sistema: la responsabilidad universal del Estado, el repartimiento de los bienes, la reglamentación de la vida social é individual.

¡Con estos tres rasgos peculiares alentaba la China de hace dos mil trescientos años!

La responsabilidad del Estado: Yao, el más antiguo de los grandes emperadores históricos, decía: «¿Tiene frío el pueblo? Pues yo soy la causa. ¿Tiene hambre? La culpa es mía. ¿Ocurre en cualquier error? Yo soy el responsable.» Y así pensando, cuando veía malhechores encadenados, decía: «Yo soy el autor de sus crímenes.»

El reparto de bienes: Yao y sus sucesores se dedicaron á reglamentar todo lo existente, y reglamentaron, en primer lugar, la riqueza y la producción. «China—dice Ferrari—empieza por una ley agraria concebida con tal exactitud de repartición y de regreso al Estado, á la vez que de inspección, que ninguno de nuestros utopistas se ha atrevido á reclamar tanta igualdad. La primera dinastía distribuyó las tierras á las familias: cada familia recibía una parte alícuota, siendo el cultivo mitad por su cuenta y mitad por cuenta del emperador. Nada de propietarios: todos usufructuarios, obligados al trabajo, pero inspeccionados en ese trabajo, y considerados como obreros del Estado.» He aquí la única concepción verdaderamente realizable de la igualdad de las condiciones humanas.

En cuanto al funcionarismo nacido como resultado necesario de esta organización social, basta sólo nombrarlo: el mandarínato.

Pero es inútil añadir que por completo y por lógico que haya sido el sistema, por vasta y feliz que haya sido su aplicación, no ha conseguido asegurar la satisfacción universal ni aún en aquellos tranquilos países. El país de la paz, el suelo de los sabios que no cesan de pedir la armonía fraternal, ha sido desgarrado por guerras afrentosas, y la densidad de la población ha dado lugar á los más numerosos asesinatos. De este modo, la tierra de la agricultura ha sido castigada con hambres, y la sociedad donde la religión estaba amparada por las preocupaciones del Estado, ha dejado libre el campo á obscuras supersticiones. Pero es porque el hombre no se mantiene fácilmente tranquilo, ¡ni aún en medio de la dicha!

Resulta de todo ello que China, por la transformación metódica de la sociedad humana en un gran taller agrícola é industrial, ha fundado un estado, ha acumulado una fortuna y ha desarrollado una población que hacen de ella la más tentadora de las presas que pueden ofrecerse á la codicia de los pueblos emprendedores.

Por sus hábitos, por sus gustos, por su lujo, los chinos son consumidores y clientes de primer orden. Compárese á un buen burgués de Nankín, rico y satisfecho, vestido de

seda y todo recargado de oro, de marfil ó de pedrería, con cualquier negro del Congo que por toda vestimenta lleva un pañuelo de tela de algodón que sólo le cubre los riñones. Y compárense también el rendimiento que puede dar un ferrocarril instalado entre estos pueblos ostentosos, con el que proporcionaría una línea construída á través de las arenas de Africa ó de los helados desiertos de Siberia.

Representémosnos el suelo chino apenas trabajado por la agricultura, encerrando tesoros no explotados en pastos, en minerales y en carbones; hagamos la cuenta de esas dos mil metrópolis que tiene el imperio, de esas provincias que son reinos, de esos ríos que inundan y enriquecen sus valles, como hace el Nilo en Egipto; de esas montañas, las más elevadas del globo y, por consiguiente, las más poderosas como reserva de fuerzas acumuladas. Pues todo ello, con ser tanto y tan bueno, puede considerarse casi nada con relación á otra riqueza que también posee China, infinitamente más preciosa y más preciada en la actualidad, á saber: la riqueza en hombres, la mano de obra, por mejor decir.

Supongamos,—para hacer sensible la desproporción fenomenal de la fortuna china con las que hasta ahora ha explotado Europa en sus expansiones coloniales—supongamos que China ha tenido la idea de enviar á una de las fastuosas Exposiciones occidentales, no el modelo, sino únicamente el diseño de cualquiera de sus grandes obras públicas, de la famosa *Gran muralla*, por ejemplo. Esa muralla fué construída hace dos mil años: en una de las épocas en que el imperio chino, creyéndose dueño de la paz universal, resolvió ponerse en condiciones de defensa. á fin de adoptar la política del desarme. Fué levantada como formidable valladar para oponerse á las incursiones de los tártaros. Tiene quinientas leguas de longitud, de veinte á veinticinco piés de altura, pueden correr en ella seis caballos de frente sin molestarse, sigue las ondulaciones del suelo desde los más profundos valles hasta las más altas montañas, está defendida por una cadena de fuertes en los que se mantenían guarniciones hasta de un millón de hombres. ¿Y todo esto por qué? ¡Por asegurar la paz! Por el terror á perderla, una población innumerable se estableció al pié de la muralla: para construirla primero, para cuidarla y conservarla después, sin consentir que en ella hubiera una hendidura ni una rendija.

Pues tal empresa gigantesca no es sino una parte ínfima de los trabajos públicos

de China. Diques, canalizaciones, caminos, puentes, templos, pagodas, palacios, fortificaciones, arsenales, ciudades terrestres, ciudades marítimas y fluviales, ¿cómo encontrar expresiones para dar idea de la acumulación del trabajo allí realizado y de las energías allí almacenadas? Trescientos millones de habitantes; un continente, que no es otra cosa que una campiña cultivada; una sociedad reglamentada gerárquicamente, sometida á los ritos, que hace de la política una virtud y de la familia una religión: tan numerosa, que se desconoce ella misma; tan activa, que el suelo de sus antepasados no le basta; tan resignada, que la vida y la muerte le son indiferentes; un organismo antiguo donde la existencia social se regula por procedimientos de otros siglos; un paquidermo monstruoso, en el que las más terribles guerras no han causado sino superficiales arañazos; un bloque, en el que la sucesión de sesenta dinastías y la infiltración de incesantes conquistas no han podido hacer mella; un edredón, si vale la imágen, en el que las revoluciones y las catástrofes se pierden y se ahogan, como los golpes con el puño cerrado sobre la pluma que forma aquella prenda... ¡Las palabras son impotentes para decir lo que es la China!

Tales el trozo en rededor del cual se ejercen el inmoderado deseo y la avaricia universales; hé ahí la empresa secularmente aplazada, pero que al presente aborda nuestra época temeraria, pretendiéndola llevar á buen fin por métodos nuevos.

Hasta ahora no se había hecho otra cosa que acariciar al monstruo. Los primeros pasos

para llegar á aquel fin iban acompañados de insigne prudencia: se prefirió el método preconizado por Bismarck respecto á los países misteriosos. «Hagamos el taladro con precaución,—decía el canciller de hierro—y colóquemos el tubo. Contentémonos con lo que salga, pero evitemos penetrar en ellos, porque entónces correremos el gran peligro de ahogarnos.» Y evitando este peligro, Europa extraía la fortuna de China por los puertos, por las fronteras, por los ríos, sin que nadie pensara en la invasión, en la conquista, y nadie se creyera con talla y vigor suficientes para emprender la lucha cuerpo á cuerpo.

Han sido precisos la audacia de otro reino amarillo, de un vecino como Japón, que es rival antiguo de la China, y la iniciativa de otro pueblo audaz, precisamente del pueblo de Bismarck, de Alemania, para romper los viejos moldes y para atacar á la bestia.

Y hé aquí que mientras el *Dragón* se halla en tierra y afligido, hablan las gentes del peligro amarillo. Nosotros no creemos en él. Más fácilmente creeríamos en la conquista amarilla, que es la partida que se juega en estos momentos.

Verdad es que tal conquista constituye en sí misma un peligro: apenas se ven en libertad los conquistadores, se devoran entre sí, disputándose los despojos antes que la fiera haya muerto.

Que tengan cuidado, porque la fiera puede lanzar todavía terribles sacudidas. Y aún muerta del todo, quedará por averiguar si los palpitantes miembros de la bestia se dejarán despedazar por persuasión.

GABRIEL HANOTAUX

